

La música, ese lenguaje que deja sin palabras

PASIONES ARGENTINAS



Silvia Fesquet



La orquesta está ubicada ya en sus lugares, dispuesta a dar lo que será un magnífico concierto. Como corresponde, en el arranque, la Sinfónica de Bucarest arremete con la Rapsodia Rumana N° 1 de George Enescu. Para sus compatriotas, un deleite renovado. Para nosotros, argentinos, un descubrimiento maravilloso. No será el único de esa noche increíble, en el renovado y colmado teatro Coliseo, con la entrega puesta en escena no sólo por los músicos sino por el apasionado director, Benoit Fromanger; la extraordinaria soprano Joanna Wos, dueña de un virtuosismo y de una presencia capaz de llenar por sí sola todo el escenario, el tenor Tadeusz Szlenkier. Con un repertorio que alternó Puccini con Verdi (“La forza del destino” fue dedicada por Fromanger a las víctimas argentinas del atentado en Nueva York), pasando por Donizetti, Tchaicovsky y Bellini, un elemento extra terminó de completar una velada convertida en auténtico placer para los sentidos. Sentado en el extremo derecho, uno de los músicos, ejecutante de viola, fue un espectáculo aparte. Bajo, rubio, de barba recortada y extrema simpatía, hizo gala, a lo largo de toda la función, de un apasionamiento no frecuentemente demostrado como en su caso. Con el instrumento al hombro, sacudía por momentos todo su cuerpo, como en éxtasis, acompañando los acordes musicales, absolutamente compenetrado con lo que iba ejecutando.

A tanto llegaba que, en silencio, recitaba incluso las partes del tenor a la par de éste. Para Hoffman, la música empezaba ahí donde terminaba el lenguaje. Así quedamos nosotros, espectadores: sin palabras.